

## DEMOCRACIAS Y DICTADURAS



**JOSÉ CASTILLEJO**

**DEMOCRACIAS  
Y DICTADURAS**

seguido de  
**LA PAZ GERMÁNICA NAZI**  
y otras conferencias

**PÁGINA INDÓMITA**

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U., 2026  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano  
Imagen de cubierta: Hitler y Franco en Hendaya (Francia), en 1940  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: abril de 2026

Todos los derechos reservados

ISBN: 979-13-990995-6-0  
Depósito legal: C-121-2026

## ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
DEMOCRACIAS Y DICTADURAS	11
Democracias funestas	13
El pesimismo de las dictaduras	19
Democracias absolutistas y democracias liberales	25
El semillero democrático	31
De cómo se amarra a los dictadores	37
De la dictadura a la justicia	43
De la justicia a la democracia	49
LA PAZ GERMÁNICA NAZI	57
¿Sobrevivirá el nazismo?	59
El plan internacional del nazismo	67
Proyecto de gobierno germánico de las naciones	73

OTRAS CONFERENCIAS	79
En busca de un régimen para Italia	81
Los generales ahorcados y la justicia escarnecida	87
La silueta del fascismo trazada por Mr. Churchill	93
El porvenir de las naciones neutrales	99
Unidad nacional sin lágrimas	105
Las naciones neutrales y las naciones unidas	111
Mensaje del año 1944	117
La entrevista de Crimea	123
El retorno de los emigrados	129
El secreto de la victoria y la carga de la paz	135
Índice onomástico	141

## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Ofrecemos en este volumen una selección de las conferencias radiofónicas que José Castillejo pronunció en defensa de la democracia liberal entre 1942 y 1945 en *La Voz de Londres*, el programa especial de la BBC dirigido a España y a los exiliados españoles.

Dicho programa fue creado por el Ministerio de Información británico en otoño de 1940, con el objetivo de atraer a la opinión pública de nuestro país hacia la causa aliada y mantener al gobierno franquista al margen de la contienda mundial —sobre todo tras el encuentro de Hitler y Franco en Hendaya, celebrado por esas mismas fechas.

En la puesta en marcha de *La Voz de Londres* desempeñó un papel destacado «Antonio Torres», pseudónimo del escritor, filólogo y crítico literario Rafael Martínez Nadal (futuro yerno de Castillejo), quien convenció a nuestro autor para que participase en el proyecto.

A finales de 1942 Castillejo ofreció sus primeras conferencias, aunque estas se vieron interrumpidas brevemente después de que el general Jordana, ministro español de Asuntos Exteriores, presentase sus quejas a la Embajada Británica por la presencia en los micrófonos de la BBC de «rojos» como Madariaga, Castillejo y «Antonio Torres».

Pasadas unas semanas, Castillejo fue llamado de nuevo al programa, y desde entonces intervino asiduamente en él hasta su fallecimiento en 1945.

La primera serie de conferencias que aquí incluimos, «Democracias y dictaduras», se radió entre abril y junio de 1943, y fue publicada después en forma de folleto por el Ministerio de Información británico, para su distribución a través de sus propias instituciones consulares y culturales.

La segunda serie, «La paz germánica nazi», fue radiada meses después, entre septiembre y octubre, y, al igual que «Democracias y dictaduras» y otras series de conferencias de Castillejo — «La transformación económica de Inglaterra», «El Estado, la educación y los obreros», «Mensaje a las juventudes» —, vio la luz posteriormente en forma de folleto.

El resto de las conferencias que conforman la presente obra se recogieron de manera póstuma en el volumen de Rafael Martínez Nadal *José Castillejo: el hombre y su quehacer en La Voz de Londres* (Casariego, Madrid, 1998). La última de ellas, «El secreto de la victoria y la carga de la paz», fue radiada el 14 de mayo de 1945, unos días después del fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa y un par de semanas antes del fallecimiento del autor, ocurrido el día 30 de ese mismo mes.

Aquí, nuestra intervención en los textos ha consistido fundamentalmente en corregir errores tipográficos y adaptar algunas grafías a las normas académicas actuales, además de añadir notas a pie de página que le servirán de guía al lector.

## DEMOCRACIAS Y DICTADURAS



DEMOCRACIAS FUNESTAS  
*La Voz de Londres*, 20 de abril de 1943

Seamos sinceros. Recibo noticias de que el Estatuto del Atlántico ha producido alarma en varios países.<sup>1</sup> El principal motivo de alarma es el anuncio de que esta guerra significará el triunfo de la democracia. Fíjense mis oyentes: el triunfo de *la* democracia, no de las democracias. El triunfo de las naciones democráticas no asusta más que a los individuos que tienen cuentas con la justicia; los demás saben que están seguros, y estarán más seguros al terminar la guerra.

Lo que alarma a algunos países es que se intente imponerles, por presión exterior, un régimen democrático.

Pero ¿cómo puede aterrar a ninguna nación el advenimiento dentro de sus fronteras de un régimen democrático? ¿No es la democracia justamente permitir a un pueblo que se gobierne como quiera?

1. El autor se refiere a la Carta del Atlántico, la declaración conjunta firmada en agosto de 1941 por el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill, y que fue incorporada después a la Declaración de las Naciones Unidas aprobada el 1 de enero de 1942. La Carta estableció una serie de principios programáticos para el nuevo orden internacional que las potencias aliadas pretendían construir tras la derrota del Eje.

He comprobado, sin embargo, el hecho innegable de que hay países que reciben con inquietud, y hasta con pánico, el anuncio de la democracia. ¿Es por ignorancia? No; he visto que, en general, la desean todos los pueblos que no la conocen, y que la temen muchos de los que la han probado. Oigo tachar de bárbaros o de serviles a los que se oponen a la democracia. Disparar un adjetivo es más fácil que enterarse y que razonar. Y yo he elegido lo difícil. He querido enterarme.

Los antidemócratas califican de anticuado el Estatuto del Atlántico; dicen que se empeña en mantener un sistema político que ha probado por sí mismo su ineficacia. Porque cuando un pueblo consigue la democracia, ¿qué poder superior podría arrancársela a una mayoría? Si la pierde, es que la tira porque no le sirve. Y desde la última guerra, han ido tirándola la mayor parte de las naciones de Europa, algunas atrasadas e incultas, otras a la cabeza del progreso científico, y sin analfabetos. Algunos insinúan misteriosas fuerzas eclesiásticas; pero ni los protestantes ni los católicos derribaron la democracia alemana de Weimar, ni la Iglesia griega derribó la de Venizélos.<sup>2</sup> Otros apuntan a la intervención del ejército, que de fuerza servidora se convierte en fuerza dominadora; pero esto no es aplicable a Alemania, donde cayó la democracia cuando no había ejército; ni a Italia, donde Mussolini no subió al poder por un pronunciamiento militar. Hay quien culpa al capitalismo; pero imaginemos una mayoría dueña del poder y de la Hacienda y de la banca y de las comunicaciones; imaginemos los fusiles en manos del pueblo, y la industria y la agricultura

2. Elefthérios Kyriakou Venizélos (1864-1936) fue el principal estadista griego del primer tercio del siglo xx, pues ocupó el cargo de primer ministro en siete ocasiones entre 1910 y 1933.

movidas por brazos proletarios: ¿cómo pueden un puñado de capitalistas derrocar esa fortaleza? Si cae, es por falta de cimientos o por desmoronamiento, no por el puñetazo de unos señoritos, o unos obispos, o unos generales.

En los pueblos que han perdido su democracia, una parte de la opinión pública desearía restablecerla; pero, empeñados en que murió por debilidad, quieren hacerla inexorable para el que se atreva a insinuar gesto o decir palabra antidemocrática; quieren una democracia exterminadora de enemigos políticos, vigilante, con cárceles y horcas, con policía secreta zahorí que escuche los ruidos subterráneos. Esa democracia se parecería, en lo fiera y en lo miedosa, mucho más al régimen de Hitler y Mussolini que a la democracia de que hablan Roosevelt y Churchill.

Otra porción de gentes de las ex democracias no querían volver a instaurar un régimen fracasado. Si esas gentes son mayoría, plantean el problema de cuál es la solución democrática en un país cuya mayoría no quiere la democracia. Para resolverlo hay que oír sus razones. Describen a su país dividido en partidos que compraban con ofertas de dinero, o de favores, buena parte de los votos. Los que votaban por convicción eran leales a sus ideas; los que se vendían eran los que cambiaban e inclinaban la balanza a un lado o al otro, de modo que la nación estaba a merced de los grupos sin convicciones y sin moralidad política. Cada partido, desde el poder, negaba a sus enemigos las libertades que él había reclamado desde la oposición.

Cuentan también que los partidos tenían unas avanzadas extremistas, preparadas para la acción directa si el Parlamento no accedía a lo que le pedían. La acción directa consistía en el motín y el asesinato, que provocaban cruel represión por parte de los gobiernos, de modo que la democracia era en realidad un adiestramiento para la guerra civil.

Alegan que los programas de los partidos eran tan divergentes que cada cambio de gobierno significaba la destrucción de lo que el anterior había hecho, y a veces la venganza contra los autores, de modo que para ser político se necesitaba espíritu aventurero y agresivo, disposición a jugarse la vida y a hacerla pagar cara. Así, la carrera política era una selección de osadía y de violencia, y como ésas suelen ser las cualidades de los dictadores, las democracias se convirtieron en escuelas de dictadura.

Entre tanto, los cambios frecuentes de gobiernos, que anunciaban reformas radicales y las dejaban caer como un alud, sospechando que su vida era corta, causaban tal intranquilidad en el país que la vida espiritual y la económica se paralizaban. Un maestro disciplinado tenía que enseñar a rezar a los niños, y a la semana siguiente se le ordenaba que demostrase que no hay Dios; un maestro indisciplinado pasaba seis meses en la escuela, y al cambiar el gobierno iba seis meses a la cárcel. El labrador araba temiendo que la cosecha no fuera para sus hijos, sino para la comunidad, según decían los que se la arrebataban.

Parece ser que en esas naciones, de democracias tumultuosas y de amenaza rampante, la ciencia se convertía en servidora de un partido, la religión buscaba la protección de otro, y así, ciencia y religión, que son formas de emancipación espiritual, perdían prestigio e influjo.

Otro conflicto surgió del excesivo número de partidos. En algunos países había más de una docena, algunos de ellos antidemocráticos, otros antiparlamentarios. ¿Cómo puede una democracia impedir la formación de partidos? ¿Y quién gobierna donde ninguno tiene mayoría? El remedio fueron las coaliciones. Pero se descubrió que la enemistad de los partidos es tanto más agria cuanto menores son sus diferencias. Cuando las coaliciones degeneraron en frentes

de combate, y había por ejemplo «frente popular» y, por otra parte, «frente derechista», la victoria deshacía el bloque; porque cada partido se la atribuía, para poner su programa en la proa; y la derrota desmoronaba la alianza, porque cada uno acusaba de traición a los otros.

Éstas y otras dolencias han minado muchas democracias, hasta que se han derrumbado, y un cualquiera, un arribista, un insignificante, a veces un perturbado, ha podido subir sobre las ruinas y hacerse dueño, con un puñado de hombres, de un país pulverizado o desangrado. ¿Son esas ruinas las que tienen la ilusión de restaurar Mr. Roosevelt y Mr. Churchill?, oigo preguntar desde muchos rincones de Europa. ¿Cómo podrían hacerlo si lo intentaran? ¿Qué milagroso bálsamo va a restañar hondas heridas, curar odios, apaciguar pasiones, hermanar enemigos mortales? ¿Qué programa puede unir a quienes buscan el triunfo aniquilador en direcciones contrarias?

La fuerza material no podría crear un régimen democrático, ni los estadistas norteamericanos e ingleses la emplearían jamás. Se extiende en los pueblos anglosajones la idea de educar para la democracia a los países que no la han tenido o la han perdido. Ésta es una idea nueva y generosa. Presupone fe en la educación y fe en que todos pueden ser educados. Mas no sabemos todavía cómo puede realizarse, ni en cuanto tiempo.

Asalta la duda de qué clase de gobierno habría de tener una nación incapaz de la democracia, mientras se educa para desearla y para practicarla. En esta gran crisis hay, sin embargo, dos rayos de esperanza.

El primero es que cuando el Estatuto del Atlántico habla de democracia, no se refiere a una forma estrecha de gobierno, sino a que sean los pueblos mismos los que elijan la que les convenga. Y para que la elijan hay, ante todo,

que devolverles la libertad.<sup>3</sup> Churchill y Roosevelt han declarado que ésta es una guerra de liberación. ¿Hay algún pueblo que, después de haber probado las humillaciones y las crueldades de la esclavitud, se niegue a ser liberado y dueño de sus destinos?

La segunda esperanza viene de que las naciones que sufrieron las flaquezas de la democracia han visto luego lo que lleva consigo no tenerla. Su desencanto es tan grande que los dictadores han tenido que cerrar las fronteras para que no se les quede vacío el país, a fuerza de hacerlo feliz. Si las gentes de los pueblos no democráticos tuvieran libertad de emigración, media Europa se iría a Inglaterra y a los Estados Unidos, para disfrutar de esta paz, esta libertad, este orden, esta riqueza de ideas, esta seguridad y esta unidad espontánea de las democracias anglosajonas.

Cuando llegan aquí los inmigrantes, unos dicen: «Mi país no ha conocido la democracia»; y otros exclaman sorprendidos: «¡La democracia de mi país no se parecía a ésta!».

Resulta, pues, que hay democracias sensatas, pacíficas y nobles. Y hay otras brutales y degeneradas. Pero los que se han deshecho de éstas, como los italianos y los rumanos, encuentran que los remedios inventados para sustituirlas son peores que la enfermedad, y muchos preguntan angustiados si no hay otra elección que la de sufrir una democracia falsificada o gemir bajo una dictadura auténtica.

3. El tercer punto de la Carta del Atlántico reza: «[El Presidente de los Estados Unidos de América y el Primer Ministro representante del Gobierno de S. M. en el Reino Unido] respetan el derecho que tienen todos los pueblos de escoger la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir, y desean que sean restablecidos los derechos soberanos y el libre ejercicio del gobierno a aquéllos a quienes les han sido arrebatados por la fuerza».